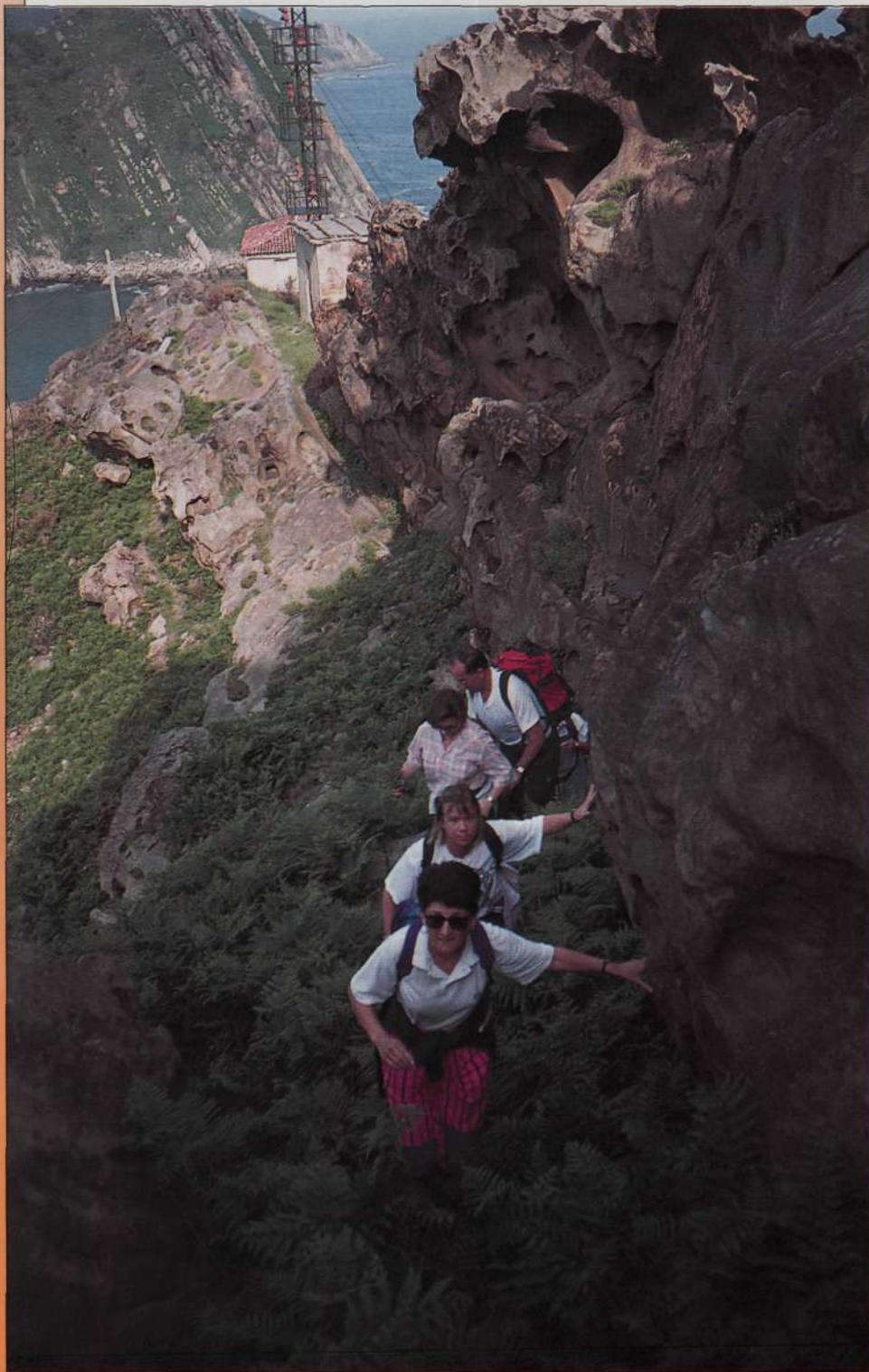


La cornisa de JAIZKIBEL

EL ULTIMO ESLABON

JESUS M.^a ALQUEZAR



EN un país que ha sufrido tanta destrucción, con una gran densidad de habitantes, encontrar zonas vírgenes para preservar la naturaleza o que merezcan tratarse como ejemplo de conservación es difícil y, sin embargo, posible.

Efectivamente, es tarde para las lamentaciones, pero lo poco que nos queda debe protegerse debidamente. Cierto que la administración propaga con la creación de muchos parques naturales, pero si son sinceros los resultados son efímeros.

Si recorremos el mapa de la costa de Euskal-Herria, observaremos que poco sobrevive de su inicial constitución, cuando el litoral vasco habría podido competir con cualquier borde marítimo-terrestre europeo.

Sin embargo, la franja costera del monte Jaizkibel es un área de tal índole. Es el último eslabón del extenso litoral, en este tramo, un tanto lineal. La banda extrema oriental del golfo de Bizkaia en el límite tierra-mar debe abordarse para su defensa sin temor. Cerca del espolón cimero del monte, la carretera turística, la zona militar, las pistas que se aproximan al océano están destruyendo lo que se desea aplicar como Parque Natural. Los acantilados son merecedores de tal calificativo.

Y en el aspecto montaño, la ruta Pasai Donibane-Faro de Higer-Hondarribia es insólita, un itinerario impensable, un viaje mágico, un reto embrujado que puede llegar a embriagar. Es un paraíso de pescadores que también puede ser de montañeros, porque conserva un caudal paisajístico exclusivo.

En la primera referencia de la travesía. La senda transcurre bajo una cresta afilada.



La humanización culpable de la destrucción

Poco se sabe de las tierras bajas contiguas al mar. La mayoría dejaron de ser suelo de supervivencia para ser abonado de turismo. Los moradores desaparecieron buscando nuevos horizontes y con ellos, los seres mitológicos.

En casi todas partes el asfalto serpentea los accidentes costeros. El Jaizkibel ha tenido, lo decimos hoy, la fortuna de que ese trazado esté alejado de la ribera marina.

Gracias a ello descubrimos una naturaleza que se muestra con todo su esplendor, y sin negar que se trata de una región humanizada, con todas las contradicciones que eso conlleva, que aún conserva algún caserío habitado donde la ganadería es modus vivendi de sus residentes, gracias a extensos prados de campiña. Encontramos unos barrancos profundos e insospechados conductores de corrientes fluviales, que desembocan en agrestes playas que están formadas por caos de rocas y acantilados verticales que la erosión ha descarnado. Hallaremos también suelos salvajes y rebeldes con enmarañada vegetación, donde caminar y avanzar será casi imposible, en cuyos extremos, superficies planas de roca, configuran playas y puntas y claro está, también ensenadas donde el baño es incitador y donde el turista veraniego encontrará la forma de llegar con vehículo a motor contaminando y masificando el entorno, sin embargo, muy tranquilas en invierno. Con ellos las amenazas de descomposición acechan.

Esta montaña con deslizamiento dócil hacia el mar ha destacado por sufrir en numerosas ocasiones la embestida de las llamas. Sus laderas interiores, normalmente plantadas de coníferas, se han visto calcinadas en su totalidad.

Es entonces cuando el Jaizkibel ha liberado sus «viejos» caminos clausurados por la maleza y ha permitido que vuelva a hablarse de las riquezas que encierra, y es motivo para aventurarse, si aventura es intentar atravesar en su totalidad el último eslabón.



En defensa de unos valores que deberían ser eternos

El feroz Atlántico, turbador de sólido litoral, es el testigo inmutable de los cambios habidos en el macizo del Jaizkibel. La mayoría de los días choca con extremada dureza contra el bastión encerrado entre dos bahías, la de Pasaia y la de Txingudi. Su constitución es de arenas del Terciario. Si todo el enclave es motivo de preocupación por los organismos de la defensa de la naturaleza, es porque su interés zoológico y botánico, de alto nivel, está amenazado. Las aves migratorias revolotean y descansan en las mesetas costeras y la bahía de Txingudi en el extremo oriental es refugio de numerosas especies en paso hacia otras tierras.

La flora también es resaltable, destacando los helechos y madroños.

Cuando los buques se aproximan al puerto de Pasaia procedentes de Europa, sin duda que los marineros, al observar la línea costera del Jaizkibel, desatienden su trabajo y detienen su cansada mirada hacia esta extensión de costa vasca: sus playas, sus barrancos, su vegetación enredada, sus cabos y ensenadas no son títulos gratuitos que configuran una fisonomía difícil de superar. Más de uno en su período de descanso en el puerto tomará un tiempo y se acercará a la orilla terrestre. Cerrará allí los ojos y sentirá la brisa acompañada de un ruido seductor. Unos sonidos naturales que compone el mar en su movimiento mareal violento, que armonizarán una sinfonía, inspiración de muchos músicos.



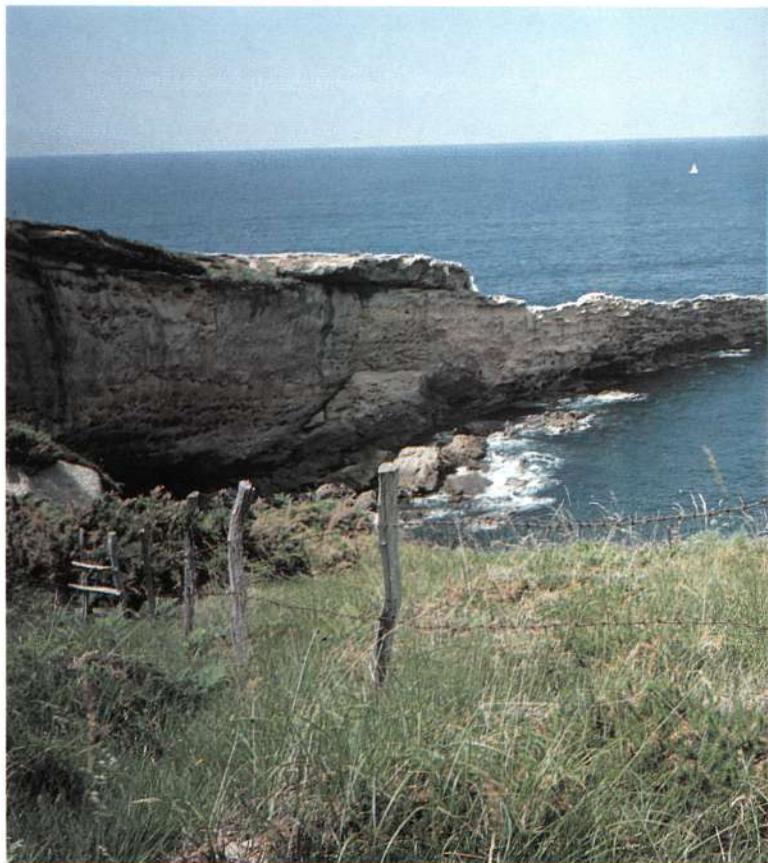
*MIRANDO AL OCEANO.
UNA TRAVESIA PRECIOSA
SOBRE ACANTILADOS,
BARRANCOS, PLAYAS
SALVAJES Y SOLITARIAS,
SALIENTES PELIGROSOS,
ENSENADAS SECRETAS Y
ACOMPAÑADOS POR EL
INCESANTE RUIDO DEL MAR
VIOLENTANDO EL PERFIL
COSTERO.*



HAGALO UD. TAMBIEN

«**U**N domingo de mayo. Brillante. Soleado, luces altas, concierto de claridades y colores, azul de mar, verde de vegetación, blancos y oscuros de rocas costeras. Una ilusión, una fantasía, en el límite oriental de la costa norte de la Península Ibérica.»

Es una definición poética de lo que sentíamos tras siete horas de caminar al borde del mar al llegar al Faro de Higer, la luz guía del cabo que toma ese nombre.



Una amplia y profunda grieta nos obliga a trepar.

De sorpresa en sorpresa

Muchas horas antes, desde Pasaia nos habíamos acercado al faro del dique de la bocanada del puerto. Aquí se inicia la senda que transcurrirá bajo una arista afilada y es la primera referencia de la travesía.

En ocasiones es interesante montar sobre la cresta para deleitarnos con la visión de la vertiente Norte que vertical cae hasta el mar y también para adivinar la famosa senda de los pescadores, interrumpida en varios tramos por la rotura de las placas que impide poder acercarnos con rapidez a las diferentes calas. Ese camino es impresionante, aéreo y rápido para atravesar el primer acantilado denominado Bancha del Este (Punta Arando Txiki).

Elevados notablemente de las orillas, las primeras ensenadas aparecen. Una de ellas, la de Arando, es el eje de un espacio de costa no muy accidentada y rica en toponimia, dado que todos sus accidentes por muy insignificantes que sean son nominados. En breve extensión anotamos las puntas de Ertxiri, Tambó y Aracas.

Y desde el mirador de Muitza-txiki, el segundo tramo varía. Se rompe el trazado lineal y van a ser los barrancos profundos los accidentes más sobresalientes. En el fondo de ellos las calas caóticas son paraísos desconocidos, impregnados de tranquilidad, muy poco frecuentados, y únicamente por

pescadores intrépidos. Las sendas, que existen a pesar de todo, permiten a los más audaces explorar el reborde litoral tras un sinfín de subidas y bajadas accediendo a todas las orillas. Duro proyecto si se acomete.

Sin embargo, adentrándonos hacia la montaña (en las cercanías la carretera y los caseríos Londres y Lete), perderemos el disfrute de tres preciosas calas aunque el ahorro de tiempo será considerable.

Con los Robinsones modernos

En el paraje Alarrileas, en terrenos del caserío Sunbilondo, la campiña predomina y el borde es una atalaya sobre la cercana ensenada de Azabaratz, con aspecto de larga playa constituida de una sola superficie rocosa, pero resquebrajada, erosionada, extraña y limitada por zona herbosa de abundante flora en su parte superior.

Por su carácter abierto, el mar siempre se acerca impetuosamente en su incansable ir y venir. La travesía de la playa es rápida, y la calma es total. Nadie puede escapar a la contemplación y admiración de este lugar secreto. Así lo han entendido algunos paisatarras que han erigido unas sencillas moradas para vacaciones o fines de semana. Escondidas entre las hendiduras, camufladas a simple vista, son propias para emular a Robinsones.

Sin embargo, el rápido avance se ve interrumpido violentamente cerca de Punta Gaztaretxos o Gaztarro. Una amplia y profunda grieta nos obliga a trepar y desafiar al mar que penetra violentamente en ese tajo natural. Salvado el escollo la playa de Gaztaretxos, parece cercana. Invadida por multitud de gaviotas argenteadas, que sustituyen a las mitológicas «sorgiñ», son dueñas del sitio. La razón es que no es fácil llegar hasta ellas, porque la montaña se vuelve agreste, salvaje e insalvable. La vegetación ha crecido desordenadamente, los barrancos vuelven a ser profundos. Además la costa se curva a la derecha e impide controlar la continuación. Los salientes de Arkalepunta y Aketai o Irupuntxa, son impensables de superar en este itinerario, y serán motivo de una exploración más concreta, quizá provistos de machete.

La joya costera. Una invasión irrespetuosa

Obligados a separarnos del litoral, remontamos fuerte, paralelos al primer torrente, en parajes del monte Mintxitxola de verdadero interés zoológico y botánico, hasta encontrar la pista que llega del fuerte de Guadalupe.

Sobre ese trazado perdido en las laderas del Jaizkibel, hay que continuar hasta el caserío y finca Gaztarro. Hemos evitado los abruptos cortes para penetrar nuevamente hacia la cornisa y afrontar la última parte del litoral, una joya si la invasión motorizada se hubiera frenado a tiempo, evitando que los automóviles de toda especie se instalen al borde del mar.

Desde la cresta de Atxaina la senda vuelve a ser señora y guía. A partir de aquí el

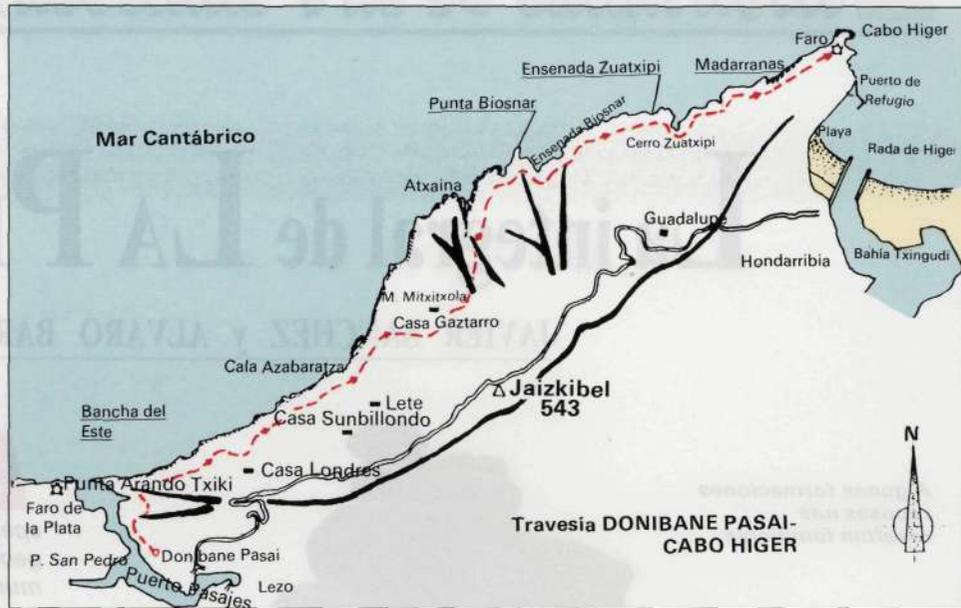


Algunas calas destacan en belleza como pueden ser las cercanas a Punta Biosnar.

paisaje es largo y raro, con calas copiosas, algunas de ellas de destacada belleza y hasta agrestes, como pueden ser las cercanas a Punta Biosnar (en algunos mapas Punta Turulla).

Punta Biosnar es, sin duda, el saliente más intrépido de toda la cornisa. Su final es un estrecho brazo de tierra que avanza hacia el mar, donde una cruz recuerda el peligro que encarna intentar alcanzar su extremo en un día de brava mar.

Ensenadas como Zuatxipi o accidentados acantilados donde el agua rompe ruidosamente, serán espacios de obligado degustar, aunque la agresión de las pistas rompe



el equilibrio necesario de lo que habría podido ser un inolvidable final.

A la altura de Guadalupe, de nuevo la campiña es anfitriona de Portu Moko, puerto artificial, aunque no lo parece, que sirvió para desembarco de pesqueros y que en la actualidad es una larga bahía que apacigua la marea más impetuosa. Más conocido por «El Molino», hasta aquí llegan en el estío cientos de personas que no son nada respetuosas con el entorno.

El bullicio obliga a desaparecer a la carrera. Hay que olvidarse de la pista y caminar sobre la «vieja senda» que se dibuja entre helechos. Desde Punta Sugur la visión del Faro aparece cercana y Madarranas es el último rincón bañable en las últimas horas de un día luminoso, cuando el mar se blanquea y dora, ayudado por los últimos rayos de un sol cansino que parece negarse a abandonar el horizonte. El cabo de Higer nos recibe. La costa norte de la Península toca a su fin. ■

Punta Biosnar es, sin duda, el saliente más intrépido de toda la cornisa.



Foto del autor.

FICHA TECNICA

Itinerario

La ruta integral Pasai-Donibane-Cabo de Higer-Hondarribia no es difícil en materia de orientación, pero exige esfuerzo y aptitudes de *montañero ilusionado*. Completarla, dominando siempre el amplio océano en la cumbre de la imaginación, supone una inmersión en un mundo diferente al del montañismo clásico.

Mitos

Como en muchas de las montañas vascas, el Jaizkibel también es guardián de mitos y leyendas. Así, en su costa las «sorgiñ» o brujas se reúnan en akelarres. También se cuenta que gentiles residieron en las laderas. La historia cuenta que esos antepasados dejaron su huella en la playa de Hendaia, como son las rocas «Dunba zabala» y «Dunba luzea». Las lanzaron desde Guadalupe, queriendo llegar hasta la catedral de Iruña. Resbalaron en el barro y las mismas se clavaron en el extremo de las arenas del mar de Hendaia. (Ref. L.P. Peña Santiago).

Epoca y horario

Cualquier época es factible, excepto en verano, dado que la última parte es visitada por muchos turistas. La duración es entre 7 y 8 horas.

Toponimia y mapas

La toponimia es muy diversa y abundante. Existen divergencias en mapas de diferente confección. Los catastrales del ejército 1:50.000, San Sebastián e Irún son apropiados para el itinerario.

El mapa de *Gipuzkoa*, de Oñatibia de 1944, toponímicamente es excelente. Detalla toda clase de accidentes, así como caseríos.

Comunicaciones

Desde Hondarribia hasta Pasaia los autobuses que unen ambos puntos son abundantes. La cadencia es de diez minutos. Por Lezo o Antxo hay que acercarse a Pasai Donibane, para recuperar el automóvil.

Otra posibilidad es aparcar en Pasai San Pedro y pasar la barca hasta Donibane.

Bibliografía

Angulo, M. «Pasajes secretos del País Vasco», 1987).